

Cuadernos del Concilio 28



**Autonomía y servicio
(GS 33-45)**

Cuadernos del Concilio

28

Cuadernos del Concilio

**Autonomía y servicio
(GS 33-45)**

Francesco Antonio Grana



Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo

Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación

Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 28

Autonomía y servicio

(GS 33-45)

Autor: Francesco Antonio Grana

Primera edición (castellana) 2024

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.

Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,

C. P. 14000, Ciudad de México

www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).

Impreso en México.

ÍNDICE

Capítulo 1: La tentación de sustituir a Dios	9
La experiencia de la pandemia	10
Mirando al horizonte	11
Capítulo 2: Laicidad y secularización	15
La quimera de la emancipación	15
Inclinarse hacia el hermano	17
Capítulo 3: La Iglesia en el mundo	21
El camino de la apertura al mundo	21
La reforma de las estructuras eclesiales	23
Un anhelo constante de Dios	24
Capítulo 4: Los laicos en la Iglesia y en el mundo	27
Los laicos	27
El ministerio del catequista	29
Capítulo 5: Guiados por el espíritu del Evangelio	33
Trabajar por la unidad	33
Deberes terrenales	35
Pastores y fieles	36
Mea culpa	38

Capítulo 6: Iglesia y mundo hoy	41
En las persecuciones	41
El reto de la indiferencia religiosa	43
<i>Gaudium et spes 33-39</i>	47
<i>Gaudium et spes 40-45</i>	51

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. María, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)

LA TENTACIÓN DE SUSTITUIR A DIOS

¿Puede el hombre contemporáneo sustituir a Dios? Ésta es la pregunta fundamental de quienes, sostenidos sobre todo por el rápido y extraordinario progreso de la tecnología, se sitúan en el centro del universo convencidos de que son autosuficientes. No se trata de una pregunta nueva, nacida y desarrollada con el avance de los descubrimientos científicos, sino que está en la génesis de la creación. Ya Adán y Eva quisieron sustituir a Dios, creyeron que no necesitaban a Dios, que podían hacerlo todo por sí mismos, que eran autosuficientes, y pensaron que el Creador era un impedimento, una barrera insoportable para su evolución, física, pero sobre todo intelectual. Es el espejismo que siempre ha tenido el hombre: hacerse dios. Un problema antiguo, bien enfocado en la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, *Gaudium et spes*, emitida por el Concilio Ecuménico Vaticano II bajo el pontificado de San Pablo VI, el 7 de diciembre de 1965, en vísperas de la clausura de aquella asamblea extraordinaria deseada al inicio de su pontificado y abierta el 11 de octubre de 1962 por San Juan XXIII.

La experiencia de la pandemia

Las cuestiones de sentido fueron retomadas y desarrolladas en uno de los mayores documentos del pontificado de San Juan Pablo II, en su penúltima encíclica titulada *Fides et Ratio*, firmada en 1998 (cf. Rino Fisichella, *Dentro di me il tuo nome*, San Paolo, Cinisello Balsamo, 2020). La génesis de este texto es bien conocida por el entonces cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, Joseph Ratzinger. Ahora la atención se centra principalmente en los números 33-45 de *la Gaudium et spes*, tratando de leerlos a la luz del Magisterio de la Iglesia, en particular, por supuesto, de los pontífices postconciliares, y en vísperas del Jubileo de 2025. El papa Francisco, de hecho, ha querido que el camino de preparación del Año Santo esté marcado por el redescubrimiento del Vaticano II, porque marcó y marca la brújula de la Iglesia católica de este tiempo. Un tiempo en el que el hombre, sobre todo a causa de la pandemia del COVID-19, tuvo que admitir su impotencia, especialmente frente a las tragedias imprevisibles del mundo contemporáneo. De hecho, creía que podía dominarlo todo, gracias también a las tecnologías que han derribado las barreras físicas, haciendo de la Tierra una verdadera realidad globalizada. Y en cambio, la pandemia ha derribado radical, rápida y violentamente esta efímera convicción, derribando todos los muros defensivos, haciendo que el hombre descubriera, o más bien redescubriera, su terrible fugacidad, aumentando enormemente y de forma escandalosa la brecha entre los pocos ricos, los que pudieron permitirse inmediatamente la vacuna, y los muchos, demasiados pobres, que ni siquiera recibieron el tratamiento.

El silencio ensordecedor de las ciudades de todo el planeta en el momento del bloqueo hizo que el hombre se sintiera pequeño, solo e indefenso ante la enormidad de la creación, a la que había violado sin freno y de forma masoquista porque dañaba su existencia y la de las generaciones futuras. El creyente encontraba consuelo en Dios. Así se vio en la extraordinaria y

conmovedora oración por el fin de la pandemia, la *Statio Orbis* del 27 de abril de 2020, que Francisco presidió en una desierta y lluviosa plaza de San Pedro. Una imagen o quizá la imagen del pontificado bergogliano. Un grito de esperanza para lo que era, a todos los efectos, la epidemia del comienzo del tercer milenio. Algo para lo que el hombre no estaba en absoluto preparado, con imágenes espeluznantes: filas interminables de ataúdes llevados por camiones del ejército, hombres y mujeres hospitalizados en unidades de cuidados intensivos lejos de sus seres queridos, personas que morían sin poder ser saludadas por sus familiares y sin tener un funeral.

¿Dónde estaba Dios durante esos meses? Fue crucificado una vez más en todos los que lucharon contra aquel mal terrible y oscuro, en todos los que estaban solos, en todos los que hicieron todo lo posible por estar allí, por ayudar a los necesitados. Un pueblo invisible de héroes al lado: «Médicos, enfermeras, trabajadores de supermercados, limpiadores, cuidadores, transportistas, agentes de la ley, voluntarios, sacerdotes, monjas y muchos, muchos otros que comprendieron que nadie se salva solo», como subrayó el Papa el 27 de marzo de 2020. El Vaticano II lo enseña cuando en *la Gaudium et spes* 34 afirma que:

los hombres y las mujeres, [...] que, para proveer a su sustento y al de su familia, realizan su trabajo de tal modo que prestan un servicio adecuado a la sociedad, pueden considerar con razón que con su trabajo prolongan la obra del Creador, se hacen útiles a sus hermanos y contribuyen personalmente a la realización del designio providencial de Dios en la historia.

Mirando al horizonte

No hay, por tanto, oposición, como explica el Concilio, entre «los productos del ingenio y del valor del hombre al poder de Dios, como si la criatura

racional fuera rival del Creador; al contrario, están convencidos más bien de que las victorias de la humanidad son signo de la grandeza de Dios y fruto de su designio inefable». El cristiano no es el que está llamado a replegarse en sus pequeñas y pobres certezas, sino el que está invitado a mirar hacia el horizonte, a atreverse, manteniendo los pies firmes en la tierra, pero sin dejarse anclar por sus miedos. Sobre todo, a no mirarse sólo a sí mismo, sino a trabajar por el bien de los demás. Y ésta es una invitación dirigida no sólo a quienes se dedican a la vida política o a la sociedad, sino que es un imperativo para todo hombre. Todos, en efecto, están llamados a ser el buen samaritano del Evangelio. Todos están llamados a ayudar, a amar al prójimo. Sea quien sea. La beata María Ludovica de Angelis, misionera de la congregación de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia de Savona, nacida en 1880 y fallecida en 1962, elevada a los altares por San Juan Pablo II en 2004, lo enseñó con su testimonio de vida. La monja repetía siempre: «Haz el bien a todos, no importa a quien». Y vivía cada día esta famosa máxima suya. Es un imperativo muy incómodo, como lo son todas las enseñanzas de Jesús, pero es esencial para lograr la fraternidad a la que aspira toda la humanidad. El hombre, en efecto, y lo vemos también en la sangrienta y blasfema guerra de Ucrania, no fue creado para matar a sus semejantes, sino para amarlos y crecer en paz junto a ellos.

Para un cristiano es esencial trabajar por el bien común amando al prójimo como a sí mismo. *La Gaudium et spes* lo subraya muy eficazmente: «El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene» (GS 35). Hoy, por desgracia, está muy extendida la convicción contraria, es decir, que el hombre sólo es digno de respeto si tiene mucho dinero y posesiones, y que es necesario hacer ostentación de la propia riqueza para ser respetado y estimado en la sociedad. Hay personas que incluso se endeudan para casarse con fiestas faraónicas o para hacer lujosos viajes turísticos que en realidad no podrían permitirse. Todo ello sólo para alardear de una riqueza que no existe con *selfies* y fotografías colgadas en las redes sociales y enviadas a los

amigos. Riqueza que es doblemente efímera, sobre todo porque esconde una insana sequedad de alma. Hay gente que llega al extremo de hacer fotomontajes para acreditarse entre sus conocidos como frequentadores de *lugares lujosos*. En este caso, la tecnología no ayuda al hombre a tomar conciencia de lo que es realmente importante, sino que desgraciadamente se convierte en cómplice de una jactancia que revela la fragilidad humana. ¿Qué es lo que realmente importa en la vida? ¿Por qué perseguir esos falsos mitos que impone la sociedad, las masas? Casi parece como si ir contracorriente fuera asfixiante, es la condena a ser relegado al olvido, destinado a no contar en los lugares donde uno suele vivir.

LAICIDAD Y SECULARIZACIÓN

La quimera de la emancipación

Hay otro tema que el Vaticano II trata con gran atención, se trata del continuo y erróneo deseo del hombre de liberarse del mundo religioso. La tentación de creer que la criatura está verdaderamente emancipada si se aparta o incluso niega a su Creador. Nada diferente de la historia de Adán y Eva. *La Gaudium et spes* enseña que «la investigación metódica de toda disciplina, si procede de manera verdaderamente científica y según las normas morales, nunca estará en conflicto real con la fe, porque las realidades seculares y las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios». Y añade:

Permítasenos deplorar ciertas actitudes mentales, que a veces no han faltado incluso entre los cristianos, derivadas de no haber percibido suficientemente la legítima autonomía de la ciencia, provocando contenciones y controversias, han arrastrado a muchos espíritus hasta el punto de creer que la ciencia y la fe se oponen entre sí (GS 36).

En este punto es importante releer lo que Karol Wojtyła escribió en *Fides et Ratio* subrayando que fe y razón no se oponen, sino que son dos caras de la misma moneda: «Fe y razón —leemos en esa encíclica— son como las dos alas con las que el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad». Y es fundamental lo que subraya el Vaticano II: «La criatura, en efecto, sin el Creador se desvanece» (GS 36).

¡Demasiado para creer que la emancipación de Dios, la autonomía con respecto a él, conduce a la evolución del hombre! Y que sin este desprendimiento de la criatura del Creador no es posible una verdadera maduración del ser humano, física, pero sobre todo intelectual. Además de pensar que sólo dando este paso el intelecto puede alcanzar metas elevadas y el hombre conquistar horizontes lejanos con descubrimientos científicos y tecnologías impensables. De este modo, el creyente estaría, por definición, en desventaja con respecto al no creyente, y se vería excluido de horizontes de conocimiento que la propia mente humana puede conquistar. La fe y la razón no son antítesis, sino aliadas, y el creyente no está, a causa de su fe, limitado en su progreso. Al contrario, en él descubre y contempla la grandeza del Creador que comparte su sabiduría con su criatura y le permite saborear ese conocimiento que la mente humana, a diferencia de otros seres vivos, puede apreciar y utilizar para su propio bien y el de toda la comunidad. Desgraciadamente, es bien sabido que no siempre es así y que el hombre, a lo largo de los siglos, ha utilizado el poder derivado de los descubrimientos científicos para hacer guerras y matar a sus semejantes. Esto se ha visto en particular con las armas atómicas. Todo lo bueno que las tecnologías y los descubrimientos científicos pueden hacer por la humanidad y la fraternidad de los pueblos no excluye su uso distorsionado y malvado. En esto el creyente tiene una marcha más, iluminado por la luz de la fe, pero no en una relación de pura y simple filantropía, sino en reconocer en el otro al hermano que hay que amar, creado como él a imagen y semejanza de Dios. Es un camino de maduración gradual, ciertamente no exento de dificultades, que

el creyente está llamado a recorrer para crecer en la fe y hacerla así adulta, como diría Joseph Ratzinger.

Inclinarse hacia el hermano

El Vaticano II enseña que «toda actividad humana, puesta diariamente en peligro por el orgullo y el amor desordenado de sí mismo, debe purificarse mediante la cruz y la resurrección de Cristo» (GS 37). Es un camino cotidiano que, a la luz del misterio redentor del Hijo de Dios, lleva al creyente a releer la historia, la suya y la de la humanidad, y a comprender el bien y el mal, en eterna lucha, para oponerse al segundo y contribuir, a la luz del Evangelio de Cristo, a la victoria del primero. Esto se hace viviendo plenamente la propia humanidad, como lo hizo Jesús, el hombre perfecto, pero con la ayuda de la revelación divina, en un constante examen de conciencia a la luz de las enseñanzas evangélicas. De hecho, no hay cristianismo sin Cristo, como no hay cristianismo que no alabe el amor al hermano y la paz entre todos los seres humanos. De lo contrario, se trata de una herejía, es más, de una enseñanza blasfema que ofende al Dios cristiano, que es el Dios de la paz y del amor. Una enseñanza que no tiene nada bueno que aportar a la humanidad, ya constantemente tentada por el pecado, el mal, la violencia y el odio fratricida.

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...» (Lc 10, 25-37). Cuántas veces ha resonado la historia del Buen Samaritano. A la pregunta del doctor de la Ley sobre quién era su prójimo, Jesús no responde con teorías abstractas, sino con una parábola, con una historia. Jesús no utiliza definiciones más o menos eruditas. Podría haberlo hecho, dada su sabiduría, pero ofrece una imagen eficaz y al mismo tiempo difícil de poner en práctica, sobre todo en el ajetreo de la época y la desconfianza del tiempo presente. Inclinarse sobre las heridas del hermano herido sin hacer preguntas. Ser hombres y mujeres concretos, no teóricos de lo sagrado. Esto significa ser creyentes. Testimoniar con obras antes que con palabras, a menudo inútiles, retóricas e hipócritas.

¡Cuántas buenas homilias y qué poco testimonio concreto de quienes demuestran excelentes dotes oratorias! Los cristianos saben que no es así como se vive la fe. No es llevando al cuello cruces o rosarios y portando imágenes de santos como si fueran amuletos o talismanes de la suerte. La cruz de Cristo debe encarnarse, no ostentarse, sino vivirse en la vida cotidiana, en casa, en la escuela, en el trabajo, allí donde uno está llamado a vivir y así dar testimonio de su fe. Incluso en las parroquias, donde a menudo las rivalidades y los celos, de sacerdotes y laicos, quitan espacio y tiempo al anuncio cristiano.

Papas, cardenales y obispos, pero también algunos religiosos y religiosas llevan la cruz en el pecho. Sin embargo, no es un adorno, más o menos bello, más o menos artístico, más o menos precioso. Es un anuncio de salvación: Jesucristo, el crucificado, ha resucitado. Y es en esa resurrección donde todo hombre está invitado a ver y a creer en su resurrección, en su salvación, en su liberación definitiva del mal. Por eso, ayudar al prójimo no es simple filantropía loable, sino reconocer a Jesús sufriente y abandonado en el hermano necesitado. Una página del Evangelio nos lo recuerda:

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a visitarme». Entonces los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Y cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte?». Respondiendo, el Rey les dirá: «En verdad os digo que cada vez que hicisteis esto a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 34-40).

Esto es exactamente lo que enseñó con su testimonio Santa Teresa de Calcuta, que recibió una vocación dentro de otra vocación, la de vivir entre los más pobres de los pobres, amándolos porque en ellos reconocía a Jesús sufriendo y moribundo en la cruz, que tenía sed. Una sed no sólo física, la que tienen tantos hermanos y hermanas necesitados, sino a menudo también una sed de humanidad y de justicia. Y es terrible cuando esto se niega. San Pablo VI lo enseñaba en su encíclica *Populorum progressio*, de 1967: «Los pueblos del hambre desafían hoy dramáticamente a los pueblos de la opulencia. La Iglesia tiembla ante este grito de angustia y llama a cada uno a responder con amor al hermano» (PP 3). Y Francisco ha invitado repetidamente a los fieles a tocar la carne de los pobres al dar limosna. En la Iglesia hay quienes viven con ellos. Hay muchos ejemplos edificantes, como los de la Comunidad de Sant' Egidio, fundada en 1968 por Andrea Riccardi y presidida por Marco Impagliazzo, y del Circolo San Pietro, brazo operativo de la caridad del Papa en Roma, instituido en 1869 por el beato Pío IX. Pero también hay muchas personas o pequeñas asociaciones que dan a diario testimonio silencioso de su amor y proximidad por los pobres. Son el rostro más bello de la Iglesia, especialmente de ese laicado comprometido, tan elogiado por el Vaticano II en el decreto conciliar *Apostolicam actuositatem* de 1965.

LA IGLESIA EN EL MUNDO

El camino de la apertura al mundo

La intuición genial y profética de San Juan XXIII es haber abierto las puertas de la Iglesia al mundo contemporáneo. *Gaudium et spes* ofrece un signo concreto de esta voluntad de Angelo Giuseppe Roncalli. La suya, como es bien sabido, era una visión eclesial que, sin embargo, no se le permitió ver con ojos humanos. Correspondió a su sucesor directo, Giovanni Battista Montini, ponerla en práctica, dirigiendo con mano firme no sólo el Vaticano II, sino, sobre todo, la fase inmediatamente posterior al Concilio. En *la Gaudium et spes* se perfila eficazmente la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo, con la relación mutua que debe existir entre ambas realidades en una profunda ósmosis. Un compromiso misionero fuertemente subrayado por Francisco y bien delineado en el texto programático de su pontificado, la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, que debe mucho no sólo al documento de Aparecida, síntesis de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en 2007 con el entonces cardenal arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, entre los principales protagonistas, sino también a la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de San Pablo VI, de 1975 (cf. Walter INSERO, *El pueblo*

según Francisco, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2018). Una dimensión misionera se unió a la sinodal tras la deseada renovación por Francisco del sínodo de los obispos, establecido por Montini en 1965 en las postrimerías del Vaticano II. Bergoglio reformó este órgano con la Constitución apostólica *Episcopalis communio*, publicada en 2018.

La Iglesia católica es una realidad suspendida entre el cielo y la tierra. En ella coexisten constantemente la inmanencia y la trascendencia. Cuando se mira a la institución eclesial no se puede omitir esta característica peculiar de la Iglesia, pues de otro modo no se le comprendería plenamente, es más, se le malinterpretaría en su naturaleza constitutiva y, por tanto, en su actividad, malinterpretando sus acciones. Sin embargo, esto no significa que la Iglesia se desinterese de la realidad terrena, atraída exclusivamente por la dimensión escatológica. Antes bien, se encarna en la cotidianidad concreta donde el hombre vive y trabaja.

La Iglesia —enseña el Vaticano II—, persiguiendo su propio fin de salvación, no sólo comunica al hombre la vida divina, sino que difunde de algún modo por todo el mundo la luz que irradia esta vida divina, y lo hace especialmente porque restaura y eleva la dignidad de la persona humana, consolida la estructura de la sociedad humana y da un sentido y un significado más profundos al trabajo cotidiano de los hombres.

Así, la Iglesia, con sus miembros individuales y con toda su comunidad, cree que puede contribuir mucho más a humanizar la familia humana y su historia. Además, la Iglesia católica tiene gustosamente en cuenta la contribución que otras Iglesias o comunidades eclesiales han aportado y siguen aportando, cooperando juntas, para realizar la misma tarea. Existe un diálogo constante entre las dos dimensiones, la inmanente y la trascendente, precisamente porque la Iglesia «está convencida de que, para preparar el

camino al Evangelio, el mundo puede prestarle una valiosa ayuda de diversos modos, mediante las cualidades y la actividad de los individuos o de las sociedades que lo componen» (GS 40). Un intercambio y una ayuda recíprocos en campos que son comunes a la Iglesia y al mundo. Reciprocidad que, como subraya el Vaticano II, concierne también a las demás confesiones religiosas en una dimensión ecuménica e interreligiosa.

La reforma de las estructuras eclesíásticas

Las estructuras eclesiales deben ser funcionales para el anuncio del Evangelio, no convertirse en barreras. La rigidez, la burocracia y el funcionalismo no pueden caracterizar a las instituciones eclesiales. Francisco lo ha reiterado con fuerza, especialmente en sus discursos a la Curia romana. Un replanteamiento que exigieron fuertemente las congregaciones generales, es decir, las reuniones de cardenales electores y no cardenales electores, que precedieron al cónclave de 2013. Una vez elegido, Francisco hizo suya esta petición y la concretó en la constitución apostólica sobre la Curia Romana, *Praedicate Evangelium*, que entró en vigor el 5 de junio de 2022. Un trabajo que duró nueve años, que significativamente comenzó el 13 de abril de 2013, exactamente un mes después de la elección de Bergoglio al trono de Pedro, y se publicó el 19 de marzo de 2022, solemnidad de San José, patrono de la Iglesia universal, el mismo día en que Francisco celebró la misa de inicio de su pontificado en la plaza de San Pedro. Se trata de la tercera constitución de la Curia Romana promulgada tras el Concilio Ecuménico Vaticano II. En 1967 San Pablo VI promulgó la *Regimini Ecclesiae universae*, y en 1988 San Juan Pablo II promulgó la *Pastor Bonus*, que ahora, como señaló la Oficina de Prensa de la Santa Sede, «queda plenamente abrogada y sustituida [...] De este modo —añadió el Vaticano— la acción de reforma de la Curia Romana encuentra su forma completa».

Autonomía y servicio (GS 33-45)

«Toda institución curial —se lee en la Constitución— cumple su misión en virtud de la potestad recibida del Romano Pontífice, en cuyo nombre actúa con poder vicario en el ejercicio de su *munus primaziale*. Por esta razón, cualquier fiel puede presidir un departamento u organismo, dada su particular competencia, potestad de gobierno y función» (EP 5). Y de nuevo:

Todo cristiano, en virtud del bautismo, es discípulo-misionero en la medida en que ha encontrado el amor de Dios en Cristo Jesús. Esto no puede pasarse por alto en la actualización de la curia, cuya reforma, por tanto, debe prever la participación de los laicos, también en funciones de gobierno y responsabilidad. Su presencia y participación es, además, ineludible, porque cooperan al bien de toda la Iglesia y, por su vida familiar, su conocimiento de las realidades sociales y su fe que les lleva a descubrir los caminos de Dios en el mundo, pueden aportar valiosas contribuciones, especialmente en lo que se refiere a la promoción de la familia y al respeto de los valores de la vida y de la creación, al Evangelio como fermento de las realidades temporales y al discernimiento de los signos de los tiempos (EP 10).

Un anhelo constante de Dios

La Gaudium et spes subraya que «el hombre, incesantemente impulsado por el Espíritu de Dios, nunca puede ser completamente indiferente al problema religioso, como lo demuestra no sólo la experiencia de los siglos pasados, sino también muchos testimonios de nuestro tiempo» (GS 41). Hay una necesidad religiosa innata en el hombre, incluso cuando no es consciente de ella. La liturgia lo explicita de modo particular en la octava intención de la oración universal, «por los que no creen en Dios», durante la celebración de la pasión del Señor el Viernes Santo:

Dios todopoderoso y eterno, que has hecho que los corazones de los hombres te anhelan tan profundamente, que sólo cuando te encuentran tienen paz: haz que, más allá de todo obstáculo, todos reconozcan los signos de tu bondad y, estimulados por el testimonio de nuestra vida, tengan la alegría de creer en ti, único Dios verdadero y padre de todos los hombres.

Al respecto, es fundamental lo que enseña el Vaticano II: «Quien sigue a Cristo, el hombre perfecto, se hace también más hombre». El cristianismo no es una religión abstracta, sino que se encarna en la realidad. León XIII tuvo la feliz intuición de inaugurar la doctrina social de la Iglesia católica con la encíclica *Rerum Novarum*, de 1891, un documento que San Juan Pablo II quiso celebrar en el centenario de su publicación en 1991 con la encíclica *Centesimus Annus*, pero Wojtyła también había celebrado su 90 aniversario, en 1981, con la encíclica *Laborem exercens* (cf. Rino FISICHELLA, *Dentro di me il tuo nome*).

La Gaudium et spes precisa que «la Iglesia puede sustraer la dignidad de la naturaleza humana a la fluctuación de todas las opiniones que, por ejemplo, rebajan demasiado el cuerpo humano o lo exaltan demasiado» (GS 41). Una enseñanza siempre actual si se piensa en cuántos jóvenes de hoy no aceptan su cuerpo. Esto, desgraciadamente, puede ser incluso la causa de una depresión tan profunda y fuerte que puede llevar a enfermedades graves o incluso al suicidio, pero también muchos adultos no aceptan el envejecimiento, recurriendo a menudo a la cirugía estética, al uso, y a veces incluso al abuso, de técnicas y fármacos que pueden tener consecuencias graves e irreversibles para el cuerpo. De alguna manera esto se justifica, tanto en jóvenes como en adultos, con el argumento de tener que cumplir con los estándares físicos impuestos por la sociedad para no ser excluidos de ella. Pero está claro que esta justificación es muy reductora, trivial y obvia. Hay un malestar más radical que lleva a jóvenes y adultos a no aceptar las

imperfecciones de su cuerpo, así como el envejecimiento, que son, en cambio, un signo identificador y único, como lo es, por ejemplo, el carácter. Este malestar proviene de una profunda frustración que a menudo se genera y se alimenta de una terrible sequedad de espíritu. Hay que entender, pues, como enseña incansablemente la Iglesia católica, que lo que cuenta es la riqueza de la propia alma, de la propia experiencia y de los propios talentos. Incluso la riqueza de la duda. No hay que tenerle miedo.

Una fe adulta, por utilizar una vez más la feliz expresión del entonces cardenal Joseph Ratzinger, no es aquella que no está atravesada por la duda, incluso durante mucho tiempo. Tantos santos nos ofrecen un ejemplo de ello, como la Madre Teresa de Calcuta, que durante mucho tiempo vivió la noche oscura del alma: servía a los pobres, pero ya no veía a Cristo sufriente en la cruz. ¿Y qué hizo? ¿Dejó de hacer el bien? No, siguió haciendo el bien incansablemente, sufriendo tremendamente en su alma, pero en silencio, sin alardear de ese dolor profundo y constante. Las arrugas de Santa Teresa de Calcuta tienen mucho que enseñar a los jóvenes y adultos que no aceptan las pequeñas o grandes imperfecciones de su cuerpo. Lo mismo ocurre con las manos doloridas de Jesús. Es muy triste ver a chicos y chicas guapos que estarían dispuestos a todo para trabajar y triunfar. ¿Dónde está su dignidad? ¿Dónde están sus valores? ¿Qué es lo que realmente cuenta en la vida? Repensar el concepto de belleza a la luz del Evangelio significa trastornar el pensamiento dominante. Pero esta convicción debe estar firmemente arraigada, de lo contrario se convierte en una hipocresía más que alimenta un malestar latente pero profundo. Desgraciadamente, incluso dentro de la estrecha geografía católica, tales convicciones arraigan con frecuencia. En nuestras parroquias y comunidades puede ocurrir que se excluya a alguien de los grupos, especialmente de los juveniles, si no cumple determinados requisitos físicos; del mismo modo, es triste ver a un sacerdote que vive exaltando constantemente su físico. ¿Qué testimonio ofrece a los fieles de su comunidad?

LOS LAICOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Los laicos

El Vaticano II recuerda también que «ninguna ley humana es más capaz de asegurar la dignidad personal y la libertad del hombre que el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia» (GS 41). Se trata de un tema de gran actualidad, también a la luz de la crisis de las democracias occidentales. Hay quienes sostienen con fuerza que la dimensión religiosa ahoga la libertad humana. El cristianismo, como nos han recordado Benedicto XVI y Francisco, es cualquier cosa menos una serie de reglas que hay que observar fielmente. Es un encuentro con la persona de Jesucristo, redentor de todo hombre. Ésta es la raíz de una fe auténtica que se convierte en consagración total para quienes eligen el camino del sacerdocio o de la profesión religiosa. Pero, como enseñó el Vaticano II, la dimensión laical en la Iglesia católica es esencial. Un laicado comprometido y no clerical, como ha señalado Bergoglio en repetidas ocasiones, puede y debe dar fruto dentro de la Iglesia y trabajar constantemente por la evangelización. Esto se ha visto, por ejemplo, con la apertura a las mujeres de los ministerios instituidos del *lectorado* y del *acolitado*, deseada por Francisco con el *motu proprio Spiritus Domini*, de 2021, pero también con la institución del ministerio

laical de catequista decidida de nuevo por Bergoglio con el *motu proprio Antiquum ministerium*, del mismo año.

En *Spiritus Domini*, el Papa recordó que:

en los últimos años ha tenido lugar un desarrollo doctrinal que ha puesto de relieve cómo ciertos ministerios instituidos por la Iglesia tienen como fundamento la condición común de bautizado y el sacerdocio real recibido en el sacramento del Bautismo; son esencialmente distintos del ministerio ordenado recibido en el sacramento del Orden. Incluso una práctica consolidada en la Iglesia latina ha confirmado, de hecho, cómo tales ministerios laicales, basándose en el sacramento del Bautismo, pueden ser confiados a todos los fieles idóneos, hombres o mujeres.

Bergoglio, además, subrayó que «una distinción más clara entre las atribuciones de los ahora llamados ministerios no ordenados (o laicos) y los ministerios ordenados permite disolver la reserva de los primeros sólo a los hombres». Y haciendo suyas las palabras de San Juan Pablo II, Francisco precisó que «si respecto a los ministerios ordenados la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, para los ministerios no ordenados es posible, y hoy parece oportuno, superar esta reserva». El Papa está convencido de que:

ofrecer a los laicos de ambos sexos la posibilidad de acceder al ministerio del acólito y del lector, en virtud de su participación en el sacerdocio bautismal, aumentará el reconocimiento, también a través de un acto litúrgico (institución), de la preciosa contribución que desde hace tiempo muchos laicos, incluidas las mujeres, ofrecen a la vida y a la misión de la Iglesia.

Por estas razones —añadió Bergoglio— he considerado oportuno establecer que puedan ser instituidos como lectores o acólitos no sólo los hombres, sino también las mujeres, en quienes, mediante el discernimiento de los pastores y después de una adecuada preparación, la Iglesia reconoce la firme voluntad de servir fielmente a Dios y al pueblo cristiano en virtud del sacramento del Bautismo y de la Confirmación. La decisión de conferir también a las mujeres estos oficios, que conllevan estabilidad, reconocimiento público y mandato del obispo, hace más efectiva en la Iglesia la participación de todos en la obra evangelizadora. Esto posibilita también que las mujeres tengan una incidencia real y efectiva en la organización, en las decisiones más importantes y en la dirección de las comunidades, pero sin dejar de hacerlo con el estilo propio de su impronta femenina.

El ministerio del catequista

En *Antiquum ministerium*, sin embargo, el Papa subraya que el ministerio de catequista

posee un fuerte valor vocacional que requiere el debido discernimiento por parte del obispo y es puesto de relieve por el rito de institución. Se trata, de hecho, de un servicio estable prestado a la Iglesia local según las necesidades pastorales identificadas por el ordinario del lugar, pero realizado de modo laical, como exige la naturaleza misma del ministerio. Es bueno que al ministerio instituido del catequista sean llamados hombres y mujeres de profunda fe y madurez humana, que tengan una participación activa en la vida de la comunidad cristiana, que sean capaces de acogida, generosidad y vida de comunión fraterna, que reciban la debida formación bíblica, teológica, pastoral y pedagógica para ser atentos comunicadores de

Autonomía y servicio (GS 33-45)

la verdad de la fe, y que hayan adquirido ya una experiencia previa en la catequesis. Se requiere que sean fieles colaboradores de los presbíteros y diáconos, disponibles para ejercer el ministerio donde sea necesario, y animados de verdadero entusiasmo apostólico.

Francisco, que incluso cuando era cardenal arzobispo de Buenos Aires siempre se opuso a la clericalización de los laicos, destacó lo valiosa que es la labor del catequista, sobre todo para frenar la escasez de clero, un problema que se ha generalizado en algunas zonas del planeta y que ya ha abordado el sínodo de obispos de 2019 sobre la Amazonia. Bergoglio, de hecho, recordó que el Vaticano II afirmó que «en nuestro tiempo, en el que el clero es insuficiente para la evangelización de tantas multitudes y para el ejercicio del ministerio pastoral, la tarea del catequista es de suma importancia», y añadió:

El catequista no es un maestro o un profesor que cree dar una conferencia. La catequesis no es una lección; la catequesis es la comunicación de una experiencia y el testimonio de una fe que enciende los corazones, porque inyecta el deseo de encontrarse con Cristo. Este anuncio de diversas maneras y con distintos lenguajes es siempre lo primero que el catequista está llamado a realizar.

Monseñor Rino Fisichella subrayó que:

No cabe duda de que la institución de este ministerio, junto con el del acólito y el lector, permitirá contar con un laicado mejor formado y preparado en la transmisión de la fe. No se improvisa como catequista, porque el compromiso de transmitir la fe, además del conocimiento de los contenidos, requiere un previo encuentro personal con el Señor. Quien ejerce el ministerio de catequista sabe

que habla en nombre de la Iglesia y transmite la fe de la Iglesia. Esta responsabilidad no puede delegarse, sino que inviste a cada uno personalmente. Este servicio, sin embargo, debe vivirse de modo «secular», sin caer en formas de clericalismo que empañen la verdadera identidad del ministerio, que debe expresarse no principalmente en el ámbito litúrgico, sino en el ámbito específico de la transmisión de la fe mediante el anuncio y la instrucción sistemática.

El prelado señaló también que:

es evidente que no todos los catequistas de hoy podrán acceder al ministerio de catequista. Este ministerio está reservado a quienes cumplen ciertos requisitos que el motu proprio enumera. Ante todo, el de la dimensión vocacional para servir a la Iglesia allí donde el obispo lo considere más cualificado. El ministerio no se otorga por gratificación personal, sino por el servicio que se pretende prestar a la Iglesia local y en servicio allí donde el obispo considere necesaria la presencia del catequista. No olvidemos que en varias regiones donde la presencia de sacerdotes es nula o escasa, la figura del catequista es la que preside la comunidad y la mantiene enraizada en la fe.

GUIADOS POR EL ESPÍRITU DEL EVANGELIO

Trabajar por la unidad

Es importante subrayar lo que afirma la *Gaudium et spes* sobre la ayuda que la Iglesia pretende prestar a la sociedad humana, en particular en el tema de la unidad.

La fuerza que la Iglesia logra inyectar en la sociedad humana contemporánea —afirma el Vaticano II— consiste en la fe y en la caridad efectivamente vividas, y no en una soberanía exterior ejercida con medios puramente humanos. Además, puesto que en virtud de su misión y de su naturaleza no está vinculada a ninguna forma particular de cultura humana ni a ningún sistema político, económico o social, la Iglesia, en virtud de esta universalidad, puede ser un vínculo muy estrecho entre las diversas comunidades humanas y las naciones, siempre que confíen en ella y reconozcan de hecho su verdadera libertad para el cumplimiento de su misión. Por esta razón, la Iglesia exhorta a sus hijos, así como a todos los hombres, a superar, en este espíritu de familia propio de los hijos de Dios, toda disensión entre naciones y razas, y a consolidar interiormente las legítimas asociaciones humanas. El Concilio, por tanto, considera con gran respeto todo lo que

Autonomía y servicio (GS 33-45)

de verdadero, bueno y justo hay en las instituciones, aunque tan diversas, que la humanidad ha creado y sigue creando para sí misma. Declara también que la Iglesia desea ayudar y promover todas estas instituciones, en la medida en que ello dependa de ella y sea compatible con su misión. Nada le es más querido que servir al bien de todos y poder desarrollarse libremente bajo cualquier régimen que respete los derechos fundamentales de la persona y de la familia y reconozca las exigencias del bien común (GS 42).

Con este espíritu se entiende, por ejemplo, la oferta de mediación del Papa para el fin de la guerra en Ucrania y, más en general, la labor de pacificación de la Santa Sede entre pueblos y países en guerra. La resolución de los conflictos, de cualquier naturaleza y entre cualquier pueblo, es un objetivo primordial de la Iglesia católica, precisamente a la luz del Evangelio, que es un mensaje de paz para todo hombre. Ella no sólo pide que se permita la libertad religiosa en todos los países del mundo, sino que aboga por el reconocimiento de todos los derechos de cada ciudadano. En este sentido, los llamamientos de los pontífices constituyen una parte conspicua y fundamental de su magisterio y se intensifican especialmente durante sus viajes a los países donde se niegan todas o algunas libertades. La voz autorizada y libre del Papa, en nombre de esa Iglesia «experta en humanidad», como dijo San Pablo VI en su célebre discurso ante la ONU el 4 de octubre de 1965, el primer Pontífice que se dirigió a esa asamblea, es la mayor garantía para los pueblos que sufren a causa de las injustas limitaciones de sus derechos. Al fin y al cabo, la necesidad de un Estado independiente y soberano, como la Ciudad del Vaticano, instituida por Pío XI el 11 de febrero de 1929 con la firma de los Pactos de Letrán entre el entonces cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, y el entonces primer ministro italiano, Benito Mussolini, permite al Obispo de Roma una total autonomía en el desempeño de su misión apostólica.

Deberes terrenales

La Gaudium et spes, además, exhorta «a los cristianos [...] a esforzarse por cumplir fielmente sus deberes terrenales, guiados por el espíritu evangélico» (GS 43). De hecho, no puede haber un cristiano que no sea también un ciudadano ejemplar, respetuoso de las normas cívicas de convivencia pacífica entre todas las personas, comprometido con la custodia de la creación. Sobre este tema, Francisco ha sido esclarecedor con sus dos encíclicas sociales, *Laudato si'* y *Fratelli tutti*. El Vaticano II reitera con énfasis que se equivocan quienes creen que, teniendo como meta la Jerusalén celestial, pueden por ello descuidar sus deberes terrenales, sin darse cuenta de que la misma fe les obliga aún más a cumplirlos. Por supuesto, tampoco se trata de sumergirse tan profundamente en las actividades terrenas como si éstas fueran completamente ajenas a la vida religiosa. En efecto, ésta no consiste exclusivamente en actos de culto y en la observancia de los deberes morales. El Concilio subraya que «la disociación, que se encuentra en muchos, entre la fe que profesan y su vida cotidiana, debe contarse entre los errores más graves de nuestro tiempo» (GS 43). El creyente debe vivir siempre su fe, en casa, en la escuela, en el trabajo, y no sólo cuando se dedica a actividades pastorales y de culto. Es impensable una disociación del creyente entre una vida estrictamente religiosa y el resto de sus actividades, casi como si su ser cristiano no impregnara toda su existencia. Es cierto que, desgraciadamente, vemos verdaderos testimonios contrarios, incluso por parte de quienes han hecho una opción radical en la consagración sacerdotal o religiosa. Pero, a pesar de algunos ejemplos negativos, que sin embargo permanecen, hay numerosos testimonios brillantes de creyentes que viven sus creencias con coherencia. A menudo en silencio y lejos de los focos.

«Que no se cree, pues, ninguna oposición artificial —es la invitación del Vaticano II— entre las actividades profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra. El cristiano que descuida sus compromisos

Autonomía y servicio (GS 33-45)

temporales descuida sus deberes para con el prójimo, más aún, para con Dios mismo, y pone en peligro su propia salvación eterna» (GS 43). Tan fuerte es el testimonio de los laicos comprometidos que viven siempre fielmente su fe. Es más fuerte que cualquier proclamación evangélica hecha con palabras, a menudo redundantes e hipócritas. Como subrayó Benedicto XVI en su primera encíclica, *Deus caritas est*, «en el comienzo del ser cristiano no hay una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da a la vida un nuevo horizonte y una orientación decisiva» (DCE 1), la persona de Jesucristo.

Pastores y fieles

La confrontación que los fieles mantienen con sus pastores es importante, es un enriquecimiento continuo que alimenta la vida de fe de ambos y tiene como objetivo vivir a la luz del Evangelio. Pero, como recuerda la *Gaudium et spes*, los fieles no deben pensar

que sus pastores son siempre tan expertos que, para cada nuevo problema que surja, incluso grave, pueden tener preparada una solución concreta, o que a esto les llama su misión; más bien, que asuman su propia responsabilidad, a la luz de la sabiduría cristiana y prestando respetuosa atención a la enseñanza del Magisterio.

La invitación del Concilio es a buscar «iluminarse siempre mutuamente mediante un diálogo sincero, manteniendo siempre la caridad recíproca y velando ante todo por el bien común». Esta colaboración fructífera en el seno de la Iglesia católica es fundamental: «Nadie —sigue afirmando el Vaticano II— tiene derecho a reivindicar la autoridad de la Iglesia exclusivamente en favor de su propia opinión» (GS 43).

En efecto, para crecer no sólo en la vida de fe, es necesaria una auténtica relación osmótica entre todos los miembros de la institución eclesial. Lo que enseña la eclesiología del Vaticano II no debe ser subestimado, especialmente por aquellos pastores que, por desgracia, todavía hacen una distinción entre clero y laicado. Esta distinción, de hecho, puede afectar al gobierno de una Iglesia particular de un modo muy grave, llevando a la autoridad eclesiástica a tomar decisiones totalmente equivocadas sobre la base de prejuicios. La reforma litúrgica conciliar eliminó las balaustradas, elementos que separan el presbiterio de la asamblea. Esa eliminación no es un mero elemento arquitectónico o un aspecto funcional de la liturgia, con el sacerdote solitario de cara *ad Orientem*, y los fieles meros espectadores de la celebración. Se trata más bien de un cambio radical que afecta a toda la relación entre consagrados y laicos. Ya no existe ni debe existir ninguna barrera, sino que ambas realidades, según las tareas propias de cada una, deben caminar juntas en la misma dirección para el anuncio del Evangelio, anuncio que debe convertirse cada vez más en testimonio auténtico y, por tanto, creíble por parte de ambos. Sólo así se produce un enriquecimiento constante y recíproco.

La *Gaudium et spes* lo explica claramente:

Los laicos, que tienen responsabilidades activas dentro de toda la vida de la Iglesia, no sólo están obligados a procurar la animación del mundo con el espíritu cristiano, sino que también están llamados a ser testigos de Cristo en todas las circunstancias y también en medio de la comunidad humana. Por tanto, los obispos, a quienes se ha confiado la tarea de gobernar la Iglesia de Dios, deben predicar, junto con sus presbíteros, el mensaje de Cristo, de tal modo que todas las actividades terrenas de los fieles queden impregnadas por la luz del Evangelio. Además, recuerden todos los pastores que, con su conducta y solicitud cotidianas, muestran al mundo un rostro de la Iglesia, a partir del cual los hombres se hacen un juicio

Autonomía y servicio (GS 33-45)

sobre la eficacia y la verdad del mensaje cristiano. Con su vida y con su palabra, unidos a los religiosos y a sus fieles, muestren que la Iglesia, sólo con su presencia, con todos los dones que encierra, es fuente inagotable de las fuerzas que el mundo moderno tanto necesita. Que, mediante el estudio asiduo, se hagan capaces de asumir su responsabilidad en el diálogo con el mundo y con los hombres de todas las opiniones (GS 43).

San Ignacio de Antioquía enseñó que «es mejor ser cristiano sin decirlo, que proclamarlo sin serlo». Esto se ha visto desgraciadamente en el curso de la vida bimilenaria de la Iglesia de Roma. Lo denunció con fuerza el entonces cardenal Ratzinger en su meditación en la novena estación del Vía Crucis del Viernes Santo de 2005 en el Coliseo:

Pero, ¿no deberíamos pensar también en cuánto debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? ¡Cuántas veces se abusa del santo sacramento de su presencia, en qué vacío y maldad de corazón entra a menudo! ¡Cuántas veces nos celebramos sólo a nosotros mismos, sin darnos cuenta! ¡Cuántas veces se tergiversa y se abusa de su Palabra! ¡Cuán poca fe hay en tantas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad hay en la Iglesia, y precisamente también entre aquellos que, en el sacerdocio, deberían pertenecerle completamente! ¡Cuánto orgullo, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la reconciliación, en el que Él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! Todo esto está presente en su pasión.

Mea culpa

San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco han pronunciado numerosos *mea culpas* por los pecados cometidos por los cristianos. En el marco

del Gran Jubileo del año 2000, Wojtyła quiso que se celebrara una jornada del perdón:

¡Perdonemos y pidamos perdón! Mientras alabamos a Dios que, en su amor misericordioso, ha suscitado en la Iglesia una maravillosa cosecha de santidad, de ardor misionero, de entrega total a Cristo y al prójimo, no podemos dejar de reconocer las infidelidades al Evangelio en las que han incurrido algunos de nuestros hermanos y hermanas, especialmente durante el segundo milenio. Pedimos perdón por las divisiones que se han producido entre los cristianos, por el uso de la violencia que algunos de ellos han hecho al servicio de la verdad, y por las actitudes de desconfianza y hostilidad asumidas a veces hacia los seguidores de otras religiones. Confesamos, con mayor razón, nuestra responsabilidad como cristianos en los males de hoy. Ante el ateísmo, la indiferencia religiosa, el laicismo, el relativismo ético, las violaciones del derecho a la vida y el desprecio de la pobreza en muchos países, no podemos dejar de preguntarnos cuáles son nuestras responsabilidades. Por la parte que cada uno de nosotros, con su comportamiento, ha desempeñado en estos males, contribuyendo a desfigurar el rostro de la Iglesia, pedimos humildemente perdón. Al mismo tiempo, al confesar nuestras faltas, perdonemos las faltas cometidas contra nosotros por los demás. A lo largo de la historia, innumerables veces los cristianos han sufrido opresión, acoso, persecución a causa de su fe. Del mismo modo que ellos perdonaron a las víctimas de tales abusos, perdonémosles nosotros. La Iglesia de hoy y de siempre se siente comprometida a purificar la memoria de aquellos tristes acontecimientos de cualquier sentimiento de rencor o venganza. El Jubileo se convierte así para todos en una ocasión propicia para una profunda conversión al

Autonomía y servicio (GS 33-45)

Evangelio. De la aceptación del perdón divino brota el compromiso por el perdón de los hermanos y por la reconciliación mutua.

El Vaticano II recuerda también que:

si bien la Iglesia, en virtud del Espíritu Santo, ha permanecido fiel esposa de su Señor y nunca ha dejado de ser signo de salvación en el mundo, no ignora, sin embargo, que entre sus miembros, tanto clérigos como laicos, en el curso de su larga historia, ha habido quienes no han sido fieles al Espíritu de Dios. E incluso en nuestros días, la Iglesia sabe bien cuán distantes están el mensaje que lleva y la debilidad humana de aquellos a quienes se ha confiado el Evangelio. Cualquiera que sea el juicio que la historia haga de tales defectos, debemos ser conscientes de ellos y combatirlos enérgicamente, para que la difusión del Evangelio no se vea perjudicada. Del mismo modo, la Iglesia es muy consciente de cuánto debe madurar continuamente, aprendiendo de la experiencia de los siglos, en el modo de conducir sus relaciones con el mundo. Guiada por el Espíritu Santo, la Madre Iglesia no se cansará de exhortar a sus hijos a purificarse y renovarse, para que el signo de Cristo resplandezca aún más en el rostro de la Iglesia.

IGLESIA Y MUNDO HOY

En las persecuciones

La relación osmótica entre el clero y los laicos debe existir también entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. Está en el corazón no sólo de la *Gaudium et spes*, sino del mismo espíritu que animó el Vaticano II, tanto en la convocatoria deseada por San Juan XXIII como en la puesta en práctica llevada a cabo con valentía y determinación por san Pablo VI. En efecto, es innegable, tal como afirma la *Gaudium et spes*, que la Iglesia también recibe ayuda del mundo contemporáneo. La relación biunívoca entre estas dos realidades es preciosa e insustituible para la realización del bien común:

Así como es importante que el mundo —afirma el Concilio— reconozca a la Iglesia como la realidad social de la historia y su fermento, así también la Iglesia no ignora lo que ha recibido de la historia y de la evolución del género humano. La experiencia de los siglos pasados, el progreso de la ciencia, los tesoros escondidos en las diversas formas de cultura humana, a través de las cuales se revela más plenamente la naturaleza misma del hombre y se abren nuevos caminos hacia la verdad, todo esto es también provechoso para la Iglesia.

Esta Constitución pastoral menciona con un énfasis muy importante: «La Iglesia confiesa que mucho provecho le ha reportado y le puede reportar incluso la oposición de quienes se oponen a ella o la persiguen» (GS 44).

Me vienen a la mente las palabras del cardenal Giacomo Biffi, pronunciadas en la homilía de la misa por su cumpleaños 80: «El azar es sólo un disfraz, es el disfraz asumido por un Dios que quiere caminar de incógnito por las calles del mundo. Por un Dios que se cuida de no deslumbrarnos con su omnipotencia y su esplendor y se disfraza de azar». También es interesante releer lo que dijo el entonces cardenal Bergoglio durante las congregaciones generales previas al cónclave de 2013, en el que fue elegido Papa:

Evangelizar implica celo apostólico. Evangelizar presupone en la Iglesia la *parusia* de salir de sí misma. La Iglesia está llamada a salir de sí misma y a ir hacia las periferias, no sólo las geográficas, sino también las existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, las de la ignorancia y la ausencia de fe, las del pensamiento, las de todas las formas de miseria. Cuando la Iglesia no sale de sí misma para evangelizar, se vuelve autorreferencial y entonces enferma (pensemos en la mujer encorvada sobre sí misma en el Evangelio). Los males que, con el tiempo, aquejan a las instituciones eclesíásticas tienen su raíz en la autorreferencialidad, en una especie de narcisismo teológico. En el Apocalipsis, Jesús dice que está en el umbral y llama. Evidentemente, el texto se refiere a él de pie fuera de la puerta y llamando para entrar... Pero a veces pienso que Jesús llama desde dentro, porque le dejamos salir. La Iglesia autorreferencial pretende tener a Jesucristo dentro y no le deja salir. Como enseña un viejo proverbio napolitano: *Se po' campá senza sapé pecché, ma non se po' campá senza sapé pecchi* [«Se puede vivir sin saber por qué, pero no se puede vivir sin saber para quién»]. Para un cristiano, la respuesta es una sola: Jesucristo.

El reto de la indiferencia religiosa

El cardenal Michele Giordano lo señalaba en su último documento: «Entre los muchos problemas que afronta hoy la Iglesia, uno de los más graves es el de la indiferencia religiosa. Se trata de un fenómeno muy complejo, que no es fácil de comprender». El cardenal se preguntaba:

¿Qué se puede hacer para resolver los graves problemas pastorales que este fenómeno plantea hoy a la Iglesia y a los cristianos? Se trata, en primer lugar, de tomar conciencia de que, al menos en el mundo occidental, la indiferencia religiosa es un fenómeno poscristiano. Es decir, los indiferentes son personas para las que el mensaje cristiano no es nuevo, sino que ya han tenido alguna experiencia cristiana. De hecho, creen conocer el mensaje cristiano, aunque el conocimiento que tienen de él es extremadamente superficial y fragmentario. Creen haber tenido una experiencia del cristianismo que les ha bastado para considerarlo inútil y sin sentido, mientras que su experiencia ha sido, en su mayor parte, sólo exterior y ritualista, habiéndose reducido, en su mayor parte, a recibir, sin preparación catequética y espiritual seria, algunos sacramentos y a asistir, sin verdadera participación interior, a algunos ritos o a ciertas manifestaciones religiosas de tipo más o menos folclórico. Esto hace muy difícil proponer el mensaje cristiano a los indiferentes y llevarlos a tener una verdadera experiencia religiosa. Tanto más cuanto que, muy a menudo, la indiferencia religiosa va asociada a un sentimiento de antipatía, de repulsión y, a veces, incluso de resentimiento hacia la Iglesia y los hombres de Iglesia, sobre todo si se han tenido experiencias desgraciadas o se ha sido sorprendido por comportamientos incluso escandalosos. Esto agrava la situación, porque priva a la Iglesia de la credibilidad que necesita para

anunciar el Evangelio. Si ésta es, más o menos, la situación en la que la Iglesia debe actuar hoy, dos cosas parecen imperativas: encontrar nuevas formas de anunciar el mensaje cristiano, para interesar incluso a quienes son poco o nada sensibles al problema religioso, poniendo de relieve la auténtica «novedad» del mensaje evangélico; crear nuevas formas de vida cristiana con una fuerte participación personal, en las que sea posible tener una verdadera experiencia de Dios y de Cristo.

Sin embargo, —continuó el cardenal— el problema que la Iglesia, ante la increencia y la indiferencia religiosa del mundo moderno, debe plantearse con mayor agudeza es el de su credibilidad. En efecto, no se puede ignorar el hecho de que muchas personas hoy no creen o se alejan de Dios, volviéndose religiosamente indiferentes, a causa del antitestimonio que los cristianos, pero sobre todo los llamados «hombres de Iglesia», sacerdotes y religiosos, dan al Evangelio que anuncian. No nos quedaremos aquí para discutir lo falso y exagerado que hay en ciertas acusaciones y generalizaciones. Tampoco nos preguntaremos si las acusaciones vertidas contra la Iglesia no son más que una coartada o un pretexto para justificar ante la propia conciencia el mal que se hace o el bien que no se quiere hacer. Contentémonos con el hecho de que, con razón o sin ella, nuestra manera incoherente de vivir la fe es hoy para muchos un escollo, un «escándalo» (en el sentido literal de esta palabra). Este hecho nos impone a todos un serio examen de conciencia. En la economía divina, la Iglesia es «sacramento de salvación», es decir, signo e instrumento de la acción redentora y salvadora de Cristo y de su presencia entre los hombres. La Iglesia no sólo predica, sino que manifiesta a Cristo, lo hace visible y presente entre los hombres en su palabra y en sus sacramentos. Debe ser, por tanto, un signo no oscuro ni difícil de descifrar —¿seguiría siendo entonces un

signo?—, sino claro y transparente. Debe ser, sobre todo, un signo «creíble», que dé inequívocamente a los hombres de nuestro tiempo el testimonio evangélico de desprendimiento del dinero y de los bienes de este mundo, de desprendimiento del poder y de todo lo que lo confiere o lo mantiene; por tanto, un testimonio de pobreza, de abnegación, de humildad, de sinceridad, de pureza, de caridad. En realidad, de la «credibilidad» de la Iglesia depende en gran parte el destino religioso de muchos hombres de nuestro tiempo. Y esto, para todos los cristianos, y en particular para los sacerdotes y religiosos, no puede dejar de constituir un motivo de seria reflexión y de fortísimo impulso hacia la santidad. Sólo los santos, es decir, los verdaderos cristianos, son los signos parlantes de la presencia de Cristo entre los hombres y de la fuerza y fecundidad de su Evangelio. Los santos, con su palabra ardiente y su vida pobre, humilde y pura, consiguen verdaderamente romper el muro de la indiferencia religiosa, de la incredulidad y de la hostilidad hacia Dios y hacia la Iglesia, mejor de lo que pueden conseguirlo todos los demás medios de la ciencia y de la razón. En efecto, los santos, cuando no comunican directamente la luz, suscitan siempre un interrogante en quienes se encuentran con ellos.

Ahora bien —concluyó el cardenal—, éste es el verdadero drama de la indiferencia religiosa: la ausencia de interrogación, de duda, de inquietud respecto al problema religioso. No se encuentra a Dios si, aunque sea oscura e implícitamente, no se desea encontrarlo. Dios no es una cosa, un objeto; es una persona, y la única relación que se puede establecer con él es de persona a persona, basada en la libre aceptación del otro. Si no precede la percepción de la riqueza que Dios constituye para el hombre (y del vacío que tiene en sí mismo y que no puede llenar con sus propias fuerzas), no puede haber deseo de Dios, ni interés por el problema religioso como problema «vital».

Por tanto, si la primera preocupación que debe proponerse una pastoral de la indiferencia religiosa es suscitar el cuestionamiento religioso y la necesidad del encuentro con Dios, está claro que el camino a seguir, más allá de la coherencia de vida cristiana, es mostrar a los indiferentes que el problema religioso es un problema «vital», más aún, el problema mismo del «sentido de la vida». En efecto, la vida humana no tiene «sentido» completo más que en Dios y en Cristo, quien, respondiendo a las preguntas cruciales que todo hombre se plantea sobre su destino, «ha iluminado la vida con su Evangelio» (2 Tim 1,10).

Las clarividentes palabras del cardenal Giordano iluminan el camino eclesial poniendo de relieve cuál es el principal desafío para la Iglesia en el tercer milenio. Ya el cardenal Carlo Maria Martini invitaba a no leer la historia con las categorías de creyentes y no creyentes, sino de pensadores y no pensadores. El problema de la indiferencia religiosa es, en cambio, hoy, y lo será cada vez más en un futuro próximo, el verdadero desafío al que hay que dar respuestas no sólo urgentes, sino creíbles.

CAPÍTULO II LA ACTIVIDAD HUMANA EN EL UNIVERSO

33. El problema

Con su trabajo y su ingenio, el hombre ha procurado siempre desarrollar su propia vida; pero hoy, sobre todo con la ayuda de la ciencia y de la técnica, ha ampliado y amplía continuamente su dominio sobre casi toda la naturaleza y, gracias sobre todo a la multiplicación de los medios de intercambio entre las naciones, la familia humana ha llegado poco a poco a reconocerse y a constituirse como una comunidad unificada en todo el mundo. De ello resulta que muchos bienes, que antes el hombre esperaba de fuerzas superiores, los procura ahora por su propia iniciativa y fuerza [...].

34. El valor de la actividad humana

Para los creyentes, una cosa es cierta: considerada en sí misma, la actividad humana individual y colectiva, es decir, el esfuerzo masivo por el que los hombres a lo largo de los siglos han procurado mejorar sus condiciones de vida, corresponde a las intenciones de Dios [...].

En efecto, el hombre y la mujer que, para procurarse el sustento y el de su familia, realizan su trabajo de tal modo que prestan también un servicio adecuado a la sociedad, pueden considerar con razón que con su trabajo prolongan la obra del Creador, se hacen útiles a sus hermanos y contribuyen personalmente a la realización del plan providencial de Dios en la historia. Los cristianos, por tanto, ni siquiera sueñan con oponer los productos del ingenio y del valor del hombre al poder de Dios, como si la criatura racional

fuera rival del Creador; al contrario, están convencidos de que las victorias de la humanidad son un signo de la grandeza de Dios y el fruto de su inefable plan. Pero cuanto más crece el poder de los hombres, más se extiende y amplía su responsabilidad, tanto individual como colectiva [...].

35. Normas de la actividad humana

La actividad humana, al derivar del hombre, se ordena al hombre. Porque cuando el hombre trabaja, no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que también se perfecciona a sí mismo. Aprende muchas cosas, desarrolla sus facultades, sale de sí mismo y se supera. Este desarrollo, si se comprende bien, vale más que las riquezas externas que uno pueda acumular. El hombre vale más por lo que «es» que por lo que «tiene» [...]. Por tanto, ésta es la norma de la actividad humana: que según el plan y la voluntad de Dios corresponda al verdadero bien de la humanidad, y que permita al hombre, considerado como individuo o como miembro de la sociedad, cultivar y realizar su vocación integral.

36. La legítima autonomía de las realidades terrenas

Sin embargo, muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, si se estrechan demasiado los vínculos entre la actividad humana y la religión, se obstaculice la autonomía de los hombres, las sociedades y las ciencias.

Si por autonomía de las realidades terrenas entendemos que las cosas creadas y las mismas sociedades tienen sus propias leyes y valores, que el hombre debe ir descubriendo, utilizando y ordenando, entonces se trata de una legítima exigencia de autonomía: no sólo la reclaman los hombres de nuestro tiempo, sino que además es conforme a la voluntad del Creador [...]. Por tanto, la investigación metódica de toda disciplina, si procede de manera verdaderamente científica y según normas morales, nunca estará en verdadero conflicto con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios [...].

37. La actividad humana corrompida por el pecado

Sin embargo, la Sagrada Escritura, con la que concuerda la experiencia de los siglos, enseña a la humanidad que el progreso humano, aunque es un gran bien de la humanidad, trae consigo una grave tentación.

Porque, trastocado el orden de los valores y mezclado el mal con el bien, los individuos y los grupos miran sólo a sus propios intereses y no a los de los demás; así, el mundo deja de ser el campo de una auténtica fraternidad, mientras que, por el contrario, el aumento del poder humano amenaza ahora con destruir al propio género humano [...]. Inserto en esta batalla, el hombre debe luchar sin cesar para permanecer unido al bien, y no puede alcanzar su unidad interior sino a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios [...].

38. La actividad humana elevada a la perfección en el misterio pascual

El Verbo de Dios, por quien fueron creadas todas las cosas, se hizo carne. Él mismo y vino a habitar en la tierra de los hombres, entró en la historia del mundo como hombre perfecto, asumiéndola y recapitulándola en Sí mismo. Él nos revela «que Dios es caridad» (1 Jn 4, 8) y al mismo tiempo nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y por tanto también de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor [...].

39. Tierra nueva y cielo nuevo

La apariencia de este mundo, deformado por el pecado, ciertamente pasa. Sabemos, sin embargo, por la revelación, que Dios está preparando una nueva morada y una nueva tierra, en la que habita la justicia, y cuya felicidad saciará sobreabundantemente todos los deseos de paz que surgen en el corazón de los hombres [...] Por supuesto, se nos advierte que nada beneficia al hombre si gana el mundo entero, pero se pierde a sí mismo. Sin embargo, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien estimular la solicitud en el trabajo relacionado con la tierra actual, donde crece ese cuerpo de la nueva humanidad, que ya logra ofrecer un cierto presagio, que prefigura el mundo nuevo [...].

CAPÍTULO V LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

40. Relación mutua entre Iglesia y mundo

La Iglesia, procedente del amor del Padre eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, congregada en el Espíritu Santo, tiene una finalidad salvífica y escatológica que sólo podrá realizarse plenamente en el mundo futuro. Pero está ya presente aquí en la tierra, y se compone de hombres, que son precisamente miembros de la ciudad terrena llamada a formar ya en la historia humana la familia de los hijos de Dios, que debe crecer constantemente hasta la venida del Señor [...].

41. La ayuda que la Iglesia se propone ofrecer a las personas

Quien sigue a Cristo, el hombre perfecto, se hace también más hombre. Partiendo de esta fe, la Iglesia puede rescatar la dignidad de la naturaleza humana de las fluctuaciones de todas las opiniones que, por ejemplo, rebajan demasiado el cuerpo humano, o lo exaltan demasiado.

Ninguna ley humana es capaz de asegurar la dignidad personal y la libertad del hombre tanto como el Evangelio de Cristo, confiado a la Iglesia. Este Evangelio, en efecto, enuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza toda esclavitud que, en definitiva, deriva del pecado, honra como sagrada la dignidad de la conciencia y su libre decisión, exhorta sin cesar a redoblar todos los talentos humanos al servicio de Dios y para el bien de la humanidad y, finalmente, recomienda a todos la caridad.

Esto corresponde a la ley fundamental de la economía cristiana. En efecto, aunque el Dios Salvador y el Dios Creador son siempre el mismo Dios, y por tanto el Señor de la historia humana y el Señor de la historia de la salvación, en este mismo orden divino la legítima autonomía de la criatura, especialmente del hombre, lejos de ser suprimida, es más bien restituida a su dignidad y consolidada en ella.

Por tanto, la Iglesia, en virtud del Evangelio que le ha sido confiado, proclama los derechos humanos, y reconoce y aprecia mucho el dinamismo con que estos derechos se promueven hoy en todas partes [...].

42. La ayuda que la Iglesia se propone prestar a la sociedad humana

La unidad de la familia humana se ve reforzada y completada en gran medida por la unidad de la familia de los hijos de Dios, fundada en Cristo. Ciertamente, la misión propia que Cristo ha confiado a su Iglesia no es de orden político, económico o social: el fin, en efecto, que le ha fijado es de orden religioso.

Pero precisamente de esta misión religiosa brotan tareas, luces y fuerzas que pueden ayudar a construir y consolidar la comunidad de los hombres según la ley divina [...] La Iglesia reconoce también todo lo que hay de bueno en el dinamismo social actual, especialmente el movimiento hacia la unidad, el progreso de una sana socialización y la solidaridad civil y económica [...].

En efecto, la fuerza que la Iglesia logra inyectar en la sociedad humana contemporánea consiste en que la fe y la caridad se viven efectivamente, y no en una soberanía externa ejercida por medios puramente humanos. Además, como en virtud de su misión y de su naturaleza no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana ni a ningún sistema político, económico o social, la Iglesia, por esta universalidad, puede constituir un vínculo muy estrecho entre las diferentes comunidades humanas y las naciones [...].

43. La ayuda que la Iglesia se propone prestar a la actividad humana a través de los cristianos

Se equivocan quienes, sabiendo que aquí no tenemos una ciudadanía estable, sino que buscamos una futura, piensan que por ello pueden descuidar sus deberes terrenos, y no reflexionan que la misma fe les obliga tanto más a cumplirlos, según la vocación de cada uno.

A su vez, no están menos equivocados quienes piensan que pueden sumergirse tanto en las actividades mundanas, como si éstas fueran completamente ajenas a la vida religiosa, que consistiría, según ellos, exclusivamente en actos de culto y en ciertos deberes morales.

La disociación [...] entre la fe que profesan y su vida cotidiana debe contarse entre los errores más graves de nuestro tiempo. [...] Los laicos son propiamente, aunque no exclusivamente, responsables de compromisos y actividades temporales. Por tanto, cuando actúen como ciudadanos del mundo, individualmente o asociados, no sólo respetarán las leyes propias de cada disciplina, sino que se esforzarán por adquirir una verdadera pericia en esos campos. Prestarán de buen grado su cooperación a quienes persigan idénticos objetivos [...]. No piensen, sin embargo, que sus pastores son siempre tan expertos que, para cada nuevo problema que surja, incluso grave, pueden tener preparada una solución concreta, o que a esto les llama su misión; antes bien, asuman su propia responsabilidad, a la luz de la sabiduría cristiana y prestando respetuosa atención a la enseñanza del Magisterio [...]. Los laicos, que tienen responsabilidades activas dentro de toda la vida de la Iglesia, no sólo están obligados a procurar la animación del mundo con el espíritu cristiano, sino que también están llamados a ser testigos de Cristo en toda circunstancia y también en medio de la comunidad humana [...].

Aunque la Iglesia, por la virtud del Espíritu Santo, ha seguido siendo la esposa fiel de su Señor y nunca ha dejado de ser signo de salvación en el mundo, no ignora en absoluto que, entre sus miembros, tanto clérigos como laicos, a lo largo de su dilatada historia, ha habido quienes no fueron fieles al Espíritu

de Dios. E incluso en nuestros días, la Iglesia sabe bien cuán distantes están el mensaje que lleva y la debilidad humana de aquellos a quienes se ha confiado el Evangelio. Cualquiera que sea el juicio que la historia haga de tales defectos, debemos ser conscientes de ellos y combatirlos enérgicamente, para que la difusión del Evangelio no se vea perjudicada. Del mismo modo, la Iglesia es muy consciente de cuánto debe madurar continuamente, aprendiendo de la experiencia de los siglos, en el modo de conducir sus relaciones con el mundo [...].

44. La ayuda que la Iglesia recibe del mundo contemporáneo

Así como es importante que el mundo reconozca a la Iglesia como la realidad social de la historia y su fermento, así también la Iglesia no ignora lo que ha recibido de la historia y de la evolución de la humanidad. La experiencia de los siglos pasados, el progreso de la ciencia, los tesoros escondidos en las diversas formas de cultura humana, a través de las cuales se revela más plenamente la naturaleza misma del hombre y se abren nuevos caminos hacia la verdad, todo esto es también provechoso para la Iglesia.

En efecto, desde el principio de su historia, aprendió a expresar el mensaje de Cristo recurriendo a los conceptos y a las lenguas de los diversos pueblos; se esforzó también por ilustrarlo con la sabiduría de los filósofos: y esto con el fin de adaptar el Evangelio, dentro de límites adecuados, tanto a la comprensión de todos como a las necesidades de los sabios. Y tal adaptación de la predicación de la Palabra revelada debe seguir siendo la ley de toda evangelización. Porque de este modo se favorece la capacidad de cada pueblo de expresar el mensaje de Cristo a su manera y, al mismo tiempo, se promueve un intercambio vital entre la Iglesia y las diversas culturas de los pueblos. Para incrementar este intercambio, especialmente hoy, cuando los cambios son tan rápidos y las formas de pensar tan variadas, la Iglesia necesita particularmente la contribución de quienes, viviendo en el mundo, conocen sus diferentes instituciones y disciplinas y comprenden su mentalidad, sean creyentes o no creyentes.

Es deber de todo el pueblo de Dios, especialmente de los pastores y de los teólogos, con la ayuda del Espíritu Santo, escuchar con atención, discernir e interpretar los diversos lenguajes de nuestro tiempo, y saber juzgarlos a la luz de la Palabra de Dios, para que la verdad revelada se comprenda cada vez más profundamente, se comprenda mejor y se presente de forma más adecuada [...].

45. Cristo, el alfa y la omega

La Iglesia, tanto cuando ayuda al mundo como cuando recibe mucho de él, sólo tiene un objetivo: que venga el Reino de Dios y se realice la salvación de toda la humanidad. Todo lo bueno que el Pueblo de Dios puede ofrecer a la familia humana, en el tiempo de su peregrinación terrena, brota del hecho de que la Iglesia es «el sacramento universal de salvación» que desvela y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios por los hombres. En efecto, el Verbo de Dios, por quien fueron creadas todas las cosas, se hizo carne para trabajar, él, el hombre perfecto, por la salvación de todos y la recapitulación universal. El Señor es el fin de la historia humana, «el punto focal de los deseos de la historia y de la civilización», el centro del género humano, la alegría de todos los corazones, la plenitud de sus aspiraciones. Es aquel a quien el Padre resucitó de entre los muertos, exaltó y colocó a su derecha, haciéndole juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, como peregrinos vamos hacia la perfección final de la historia humana, que corresponde plenamente al designio de su amor: «Recapitular todas las cosas en Cristo, tanto las que están en el cielo como las que están en la tierra» (Ef 1,10). El Señor mismo dice: «He aquí que vengo pronto, y traigo conmigo el premio, para recompensar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin» (Ap 22,12-13).



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*